

A LA SOMBRA DE UN RECUERDO

RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Es un privilegio escribir en esta revista porque su solo nombre lo vincula a uno con la conservación, que es tanto como decir con el mantenimiento de algo, con el cuidado de su permanencia. En este sentido yo creo que los recuerdos no son cosas viejas, inservibles, abandonadas al polvo del tiempo. Al contrario, yo creo que son un hilo delicado, sutil y sin embargo fuerte, que vincula al pasado con el presente y que en muchos casos le da orientación y vida. Y son además el testimonio de que hay una unidad en el espacio y en el propio tiempo. Reconozco que aferrarse a ellos en demasía es dar la espalda a la vida que se está viviendo. En cambio, mantenerlos y cuidarlos en su permanencia espiritual es impulsar la vida que se vive. Tarea ésta de profundo contenido cultural en que la historia, en su rueca, hila fino. Por eso quiero hablar aquí del gran poeta yucateco Antonio Mediz Bolio, protector y amigo de mi padre, a quien tuve el privilegio de conocer en su hacienda de Ochil, en el Paraje del Zorro, acompañado de mis padres. Hay unas líneas de él que me parecen fascinantes y dicen así: “Creo que en mi vida ha llegado el momento de sentarme, al morir de las tardes apacibles, al frescor de la brisa y mientras van apareciendo las estrellas, a la puerta de mi antigua casa, bajo la sombra de mi sagrada ceiba, y ponerme a contar las cosas viejas a las gentes nuevas. Muchas cosas

singulares han sucedido en esta mi extraordinaria y misteriosa tierra de Yucatán”. Y esas cosas viejas, precisamente, son las que anidan recuerdos para las gentes nuevas. Y si somos nuevos y podemos serlo siempre es por eso, por la presencia en nosotros de aquellas cosas viejas.

En un admirable libro, *A la Sombra de mi Ceiba*, Mediz Bolio tiene un bello ejercicio literario intitulado *Mis Muchachos de Madrid*. Resulta que mi padre, quien quedó huérfano del suyo a muy corta edad, fue becado por la colonia española de Yucatán para estudiar en España su bachillerato, su licenciatura y su doctorado en Derecho. Cuando Mediz Bolio se incorpora a la Legación de México en Madrid, en su primer puesto diplomático, se encuentra a cuatro muchachos yucatecos, entre ellos mi padre. Con ellos anduvo por los caminos de España, escribe, y con ellos compartió emociones y sueños. Eran su tertulia constante, un poco hermanos menores y un poco hijos que le iluminaron muchas veces el pensamiento. Mediz Bolio describe el carácter y el sentimiento de cada uno de ellos, aunque les era común la sensibilidad para las cosas bellas y la voluntad para las buenas. De mi padre dice que era el tipo de pensador, reposado, meditativo. Es que seguramente no tuvo ocasión de conocer o de medir su caudal de alegría, de optimismo, de energía incontenible, de pasión redoblada y fiel a su corazón ardiente;

complementos éstos, en él, de aquellas características. Al leer las páginas de Mediz Bolio me aprieto un poco el alma y entiendo a mi edad, como nunca antes, lo que fue mi padre. Y vuelvo al recuerdo ligado a la historia en el enjambre de los acontecimientos. Cuando cae Troya Eneas sale de la ciudad devorada por las llamas llevando sobre sus hombros a su padre y de la mano a su hijo. ¿No es éste el genio de Virgilio diciéndonos en iluminada metáfora que hay una continuidad en la vida, que carga uno a los hombros su pasado que nos asienta y ubica sobre la tierra y

España y así, acompañado de un grupo en el que estaban desde luego los “muchachos de Madrid” de Mediz Bolio, llegó a la señorial ciudad de Toledo. Con su grupo de amigos tocó al portón de madera, coronado con escudo de armas, de una vieja y noble casa que ostentaba en las piedras añosas su orgullo señorial de glorias pasadas. Sale el toledano, caballero de tez entre morena y rojiza, barba blanca y bien cortada, traje oscuro y modales desprendidos de un cuadro de El Greco. Mi padre le explica que son jóvenes estudiantes en Madrid y que han llegado hasta



Vista de la plaza mayor de Mérida con la Catedral a la derecha y el palacio de gobierno al fondo
Désiré Charnay (1885)

que uno lleva también de la mano el porvenir? Mediz Bolio evoca andanzas y andares con sus muchachos por los caminos de España. Yo sé de cierta visita a Toledo donde aunque no estuviera presente Mediz Bolio sí lo estuvo en el impulso y en el apoyo.

Resulta que mi padre fue presidente de Federación de Estudiantes Iberoamericanos en

allí para conocer, después de andar por las entrecortadas y estrechas calles, cruzadas ya las puertas del Cambrón y de Bisagra Grande, bordeado el Tajo y recorrido a su vez el puente de San Martín, visto desde esa altura el famoso “artificio de Juanelo”, oído silbar al viento, que han llegado hasta allí, repite, para conocer una casa como aquella, o sea, compendio de la vida e

historia de tan grande y magnífica ciudad. El caballero toledano se conmueve y accede a que entren. Ofrece vino rojo de la tierra castellana: tibio, oloroso, con peso y garbo. Lo beben pausadamente, como debe ser, degustando el espíritu milenario que encierra. De pronto mi padre le pide al caballero toledano que le permita guiar la visita a la regia casona. Y sin más camina hacia un patio con fuente en medio, describe lo que hay al fondo de unas columnatas a las que se aprietan unas ramas de laurel y luego, minuciosamente, alude a un segundo y a un tercer patio. Después se fija en la escalera que bordean unos macetones cargados de flores y le dice a la concurrencia que arriba, en un segundo piso, hay un corredor enorme decorado en su pared por un cuadro con unas musas y en el borde del corredor, allanando una puerta con bordes finos de madera dorada, una gran sala con piano de cola al centro y rodeada de anaqueles repletos de libros preciosamente empastados y de valiosísimo contenido. El caballero toledano se sonroja, aprieta los labios y luego los abre con violencia para invitar a los jóvenes a salir inmediatamente de su casa. No son estudiantes, dice, son malhechores que sin duda ya conocían la residencia y sabrá Dios qué intenciones traen ahora. Y llama, con voz sonora, a sus criados. Mi padre presuroso requiere explicar y pedir disculpas pero el toledano inquebrantable los acompaña hasta el portón con su séquito de servidores. Y aquellos “muchachos de Madrid” salen medio enmudecidos del señorial edificio.

Junto con los jóvenes de mi generación de estudiantes de Derecho en la Facultad fui alumno de mi padre en los dos cursos de Derecho Penal. Allí, en la cátedra, le oí contar la anterior historia varias veces, dándole una explicación a los hechos narrados. Siendo evidente que aquella fue su primera visita a Toledo, ¿cómo es que conocía esa casa hasta el detalle? El padre de mi padre, o sea, mi abuelo Camilo Carrancá y Busquet era español, de Cataluña. La madre de mi padre, o sea, Narcisa Trujillo Cervera aunque nacida en Mérida era descendiente directa de españoles. Por lo tanto en el código genético de mi padre había una especie de memoria así mismo genética, la



Antonio Mediz Bolio
(1884-1957)

que se hizo presente bajo el estímulo de la visita a Toledo. Esto nos lo explicaba minuciosamente mi padre, el maestro, a la hora de repasar las llamadas ciencias y artes auxiliares del juez penal, en especial la psicología y la endocrinología criminales. Pero él, recurriendo a su riquísima cultura humanista, no descartaba otras hipótesis como la metempsicosis o la premonición. Yo a mi vez me apoyo en las palabras que del poeta Mediz Bolio he citado pues creo que ellas pueden abarcar gran parte del espectro de las posibilidades: “Muchas cosas singulares han sucedido en esta mi extraordinaria y misteriosa tierra de Yucatán”. Y añado que también han sucedido y seguirán sucediendo en los hijos de esa extraordinaria y misteriosa tierra, pues la estela de los mayas continúa sembrando en las almas de sus herederos el polvo intemporal del universo. La verdad es que un recuerdo, si bien lo vemos, es una cosa extraordinaria y misteriosa. Claro, depende del recuerdo. Pero los hay de tal grado e intensidad que transportan el pasado al presente y lo vuelven fruto jugoso. Recuerdo es la historia, recuerdo son los grandes libros que leo, la música que escucho, los cuadros que me embelezan. Recuerdo es lo que sucedió hace apenas un segundo. E incluso lo que vivo se va desmenuzando en recuerdo tan pronto lo vivo. Y hasta hay recuerdos del mañana, recuerdos

futuros, que imagino cuando rompo el velo de seda del tiempo y los hago regresar de ese mañana al presente donde fueron concebidos. ¿O acaso ellos me concibieron a mí? En conclusión, ¡todo es recuerdo! Que no cosa distinta quiso decir el gran Calderón de la Barca al decir que la vida es un sueño.

Y de pronto me veo, de la mano de mi padre, él un joven estudiante, recorriendo las calles ensortijadas de Toledo mientras el viento silba como un demonio enjaulado, caminando bajo los cobertizos que a la salida del hotel de Lino llevan hasta la plaza de Bécquer, y entrando en la inmensa casa de aquel caballero toledano.

He ido varias veces a Yucatán y sé que ha cambiado, no puedo precisar cuánto, igual que cambia todo; aunque cambiar no es renunciar, no puede ser en el caso, al espíritu que teje los recuerdos. A mí me ha sucedido que he juntado, en una especie de matraz de alquimista, lo que tengo grabado en la memoria con lo que estoy viviendo. Me veo como de siete años, con mis padres, en la hacienda henequenera de **Chichí** propiedad de Don Rogelio Suárez, hidalgo español protector de mi padre. Un trencito recorre angosta vía mientras los peones saludan a su señor. Un grupo de ellos, cuando el vehículo se detiene, trae hasta nosotros varios sombreros hechos con la preciosa fibra. Son verdaderas joyas de un blanco sedoso, suave. Mi padre se coloca uno a la cabeza, obsequio de Don Rogelio, mientras el vientecillo matinal dobla elegantemente sus alas. Mi madre se cubre del sol con una sombrilla, porque su piel rosada se agita y tiembla al influjo del calor. Don Rogelio ordena que nos traigan unos refrescos. Y llegan, gorgoriteando como palomas, unas diminutas sirvientas mayas envueltas en risas, olorosas a limpieza y con vestidos que parecen enjalbegados con yeso blanco. Criaditas pulquérrimas que hablan entre susurros su lengua maya. Luego, después del pequeño viaje por la hacienda, pasamos al comedor. Sus ventanas abiertas dejan entrar el aire cargado de olores que vienen cabalgando desde la distancia. Qué comida, qué charla, qué sobremesa. Y degustan mis mayores un magnífico vino español de crianza que elogian

entre olas de añoranzas.

Me acuerdo también de la casona de Don Rogelio Suárez en el centro de Mérida. La biblioteca, impecable, daba a la calle. Los lomos de los libros lucían sus dorados tintes y en los cantos los colores encendidos reñían con la luz del sol. Yo percibía todo esto desde la calle a través de ventanas cuyos cristales eran tan transparentes como la misma atmósfera. Patio central rodeado de arcadas y macetones. Y el gran caballero vestido de negro, con blanca camisa resaltando sus rasgos, hablándonos en su rico castellano bien modulado para deleite de nuestras almas. Con los años y en algún viaje precipitado regresé a buscar la casona de mis recuerdos. Aún siento vértigo: era un lupanar. ¿Por qué pasan estas cosas? ¿Por qué? Creo que es Ángel Ganivet, en **Granada la Bella**, quien resalta los viejos solares, las casas, los edificios, los jardines, los parques, las calles, las avenidas, como testimonios latentes de vida y de historia. Es un crimen, un verdadero crimen, no cuidar ni atender esas trayectorias del alma, esos hogares del corazón, esos refugios del espíritu.

Y dando saltos en la memoria, travesando un poco, se me presenta Ermilo Abreu Gómez, delicado purismo en el idioma, pasión por la palabra. Cada vez que nos encontrábamos me decía lo mismo: “Veo en ti a tres generaciones, a tres Carrancá: tu abuelo, tu padre y tú. Yo jugué de niño con tu tía Sara, la hermana de tu padre. ¡Cómo quise a tu padre y a sus hermanos Camilo y Ramón!” En mi biblioteca tengo juntos, lomo con lomo, **Platero y Yo** de Juan Ramón Jiménez y **Jacinto Canek** de Ermilo Abreu Gómez: dos preciosidades de sensibilidad, dos dechados de amor literario. Aparte de ese **Niño Guy**, cuento mágico en que el niño quiere alcanzar una nube. Lo evoco pequeño, diminuto, gigante, esperando el tranvía cerca de las calles de Bucareli, cachucha a la cabeza y paraguas en la diestra mano, con una sarta de libros bajo el brazo. Y en esta evocación debo citar, me parece, su maravilloso **San Francisco** donde al hablar del iluminado leo lo siguiente a propósito de su elocuencia: “En otra ocasión dijo: –“Vivid humildes y silenciosos. Hablad con honestidad como si

estuviérais delante de Dios. Recordad que tenemos una celda en nosotros. El hermano cuerpo es la celda del alma. Si el alma está inquieta y pesarosa no encontrará paz en la celda del cuerpo que es obra del hombre sino en la virtud que es obra de Dios”. Y yo pienso, con verdadero recogimiento literario, que Abreu Gómez escribió siempre con honestidad poética como si estuviera delante de Dios. Luego, con el tiempo, en 1950, a mis veinte años, lo visité en Nueva York en su despacho de la **Hispanic Society**, donde trabajaba laboriosamente para dar admirable forma literaria a sus investigaciones sobre Sor Juana. Y junto trozos de memoria y me acuerdo de charlas de familia sobre la guerra de castas y de las monedas que broqueladas en haciendas henequeneras mi padre guardaba, como testimonio del pago a los peones en una época feudal, y de su relación con el poeta Pino Cámara, hijo de Pino Suárez, y de los episodios fulminantes en que participó Felipe Carrillo Puerto. Todo me lo contaron de niño, de joven, de adolescente. Y siento un gozo peculiar al recordar tantas cosas y vivirlas reviviéndolas. Y pienso que son muy tontos o muy ignorantes los que renuncian a los recuerdos, porque quisieran vanamente asirse a lo imposible, esto es, al instante que se consume a sí mismo y que sólo



Ermilo Abreu Gómez
(1894-1971)

se explica y se justifica cuando hila delicadamente lo que acaba de suceder con lo que inmediatamente va a suceder. Lo cual me lleva a una conclusión: la vida está sucediendo. Y me digo, y me digo: “Muchas cosas singulares han sucedido en esta mi extraordinaria y misteriosa tierra de Yucatán”. La verdad es que los que se aferran a lo que viven en un presente que se evanesce y no les importa ni el pasado ni el porvenir, son aves de paso en la vida; no tienen la profunda intuición de la gaviota ni la majestad y visión del águila. Los que no se preguntan por qué ha sucedido lo que ha sucedido y qué es lo que sucederá, no saben vivir.

En el mundo hay magia y los cuentos de hadas, de brujas, de sombras, no son literatura inverosímil. Lo que llamamos inexplicable suele ser simplemente lo inentendible por falta aún de recursos. Y como no entendemos recurrimos a la fantasía o a los ritos poéticos. Por eso la poesía si no es verdad encierra una gran verdad. Una noche en Madrid estaban todos juntos aquellos muchachos del poeta y diplomático Mediz Bolio. Una mujer había en el grupo, mi madre, catalana crecida en Madrid y desde entonces madrileña por los cuatro costados. Consultaban la llamada tabla “ouija” en busca de consejos de amor. De pronto se crispa el grupo entero. Algo dice la “ouija”. Hay consternación. Se trata de una muerte, de un asesinato de persona importante. Los jóvenes primero toman aquello un poco a broma, después va más en serio. Mediz Bolio se pone nervioso y se retira a la Legación. A la mañana siguiente se sabe que ha sido asesinado Venustiano Carranza. Yo tengo para mí que en el tropel de acontecimientos que acumula el tiempo nada es casual sino causal. Otra cosa es que no lo entendamos plenamente. A la distancia entre dos mundos, mar de por medio, esos jóvenes estudiantes, con el Mayab metido en el alma, traían un enjambre de misterios a flor de piel. Samuel Aguilar Sarmiento, estudiante de Medicina; Raúl Carrancá y Trujillo, estudiante de Derecho; Víctor Montalvo Solís, estudiante de pintura; Leopoldo Tommasi López, estudiante de escultura y arquitectura. Y más tarde, unido a ellos, “un joven mexicano –escribe Mediz Bolio–

que se desprendió de Chile y que llegó a Madrid, rubio, pálido, enlutado, silencioso, quemándose por dentro en una llama mística que relampagueaba en sus ojos azules y abstraídos”. Era el gran pintor Santos Balmori que hizo con los años, ya en México, un precioso *ex libris* para mi padre. Sé que hay cuadros de él, apreciadísimos, en el Museo Metropolitano de Nueva York. Yo tengo en mi casa un cuadro suyo, que heredé de mi padre: una Venus robusta, llena de carnes marinas, doradas, retando con su serenidad al tiempo.

Y si de escritores se trata, como se debe tratar, atesoro el recuerdo de un gran amigo de mi padre, José Esquivel Pren, yucateco de peregrina estampa y de sorprendente sensibilidad, magnífico abogado civilista, poeta exquisito, cuentista, novelista, notable historiador de la literatura peninsular, que era su secretario en el Juzgado Mixto de Primera Instancia en Coyoacán cuando el juez penal Carrancá y Trujillo instruyó el proceso, en 1940, contra el asesinato de León Trotsky. Lo veo llegando a mi casa, por regla general algunos domingos en la mañana, sencillo, minucioso, llevando consigo un pequeño radio en que escuchaba cintas grabadas con música de grandes compositores. Y conversaban largo y tendido mi padre y él. Allí le escuché narrar algo sorprendente. Solía tener al alcance de su mano en una pequeña mesa de noche, mientras dormía, un cuadernillo y una pluma estilográfica para tomar nota de lo que su estro le dictara sorprendentemente. Él no hablaba ni escribía el francés, siendo que apenas si tenía un leve conocimiento de la lengua de Moliere. Pero una noche se incorpora de la cama al llamado de un dictado espectral. Escribe, vuelve a dormir y a la mañana despierta entre vapores de somnolencia. Lee lo escrito. Es un admirable poema, que luego identifiqué como de Alfredo de Musset. ¿De dónde salió eso? ¿Cómo salió eso? Yucateco tenía que ser, me digo, de ascendencia maya, para que le sucedieran cosas singulares y misteriosas. Y no hay más que leer los libros de Esquivel Pren y entenderá uno la calidad y alcance de su talento literario. De uno de ellos escrito junto con Filiberto Burgos Jiménez, intitulado *La Lección*



José Esquivel Pren
(1897-1982)

del Árbol, ofrezco estas dos cuartetos:

*Yo ví antaño en los dramas de Calderón y Lope
las callejuelas torvas de aquel pueblo lejano,
con el empedradillo que gastara el galope
y sus tortuosidades de pordiosero anciano.*

*De algún portal oculto, perezoso, furtivo,
surgió un rumor de alas enjauladas, un canto,
el balido barbudo y rumiante de un chivo
y una mujer con toca negra de jueves santo.*

Para mí que en estos versos van de la mano Lope y Goya, rompiendo la cadena del tiempo. Y también Manuel de Falla. Esquivel Pren captó aquí perfectamente el tono español, misterioso y alado, que viene desde el mester de juglaría. Lo que pasa es que Mérida, la de él, la de mi padre, la de esos “muchachos de Madrid” cuando eran niños o apenas jóvenes, tenía ese tono y toque de cosa antigua y hondamente popular. Por cierto, Esquivel Pren ha sido un acucioso trabajador escudriñando en todos los rincones de la literatura en Yucatán. Y no conozco una literatura semejante, tan rica, tan nutrida, en el resto del país. ¿Por qué Yucatán tiene este privilegio? No es casual. Se trata en la especie de poetas y escritores crecidos en un ambiente de pulcritud



Raúl Carrancá y Trujillo
(1897-1968)

cultural y espiritual. Un ejemplo que viene a mi memoria ilustra perfectamente lo que digo. El niño Raúl Carrancá y Trujillo entretenía los domingos en la tarde, en el teatro Peón Contreras de Mérida, a un auditorio refinado y erudito resolviendo ante él y en una gran pizarra ecuaciones de primero y de segundo grado. ¿Dónde se ha visto eso, en qué otra parte del meridiano nacional? ¿Dónde se ha visto algo semejante (me refiero al sentido de ese espectáculo)? Para mí que es la ascendencia maya, el flujo de misterios ancestrales que vienen en la sangre y en el alma. Es el recuerdo proyectado en su propia sombra, como si una gota de tiempo cósmico hubiera caído en ese generoso pueblo para cristalizarse allí.

Los “muchachos de Madrid”. No pudieron ser lo que fueron sin una cultura de temple universal. En efecto, el Yucatán de entonces, sin tener un ápice de separatista como a menudo se lo juzga torpemente, tenía los ojos y el corazón puestos en La Habana y más allá de La Habana. Testimonio arquitectónico de lo que digo es el maravilloso Paseo Montejo con sus edificios magníficos. Y lo que es forma de esa talla es también fondo. El

Yucateco de aquella época, y mucho le queda aún en sus expresiones más selectas y finas, conjugó su origen maya con una visión universal del mundo. La consecuencia ha sido el refinamiento, ese joyel del espíritu. Concluyo esta meditación literaria, parte narración y parte cuento, ¡quién sabe!, acudiendo a un pequeño opúsculo que tengo en mi biblioteca, *Platerías*, editado en Madrid en 1921 como homenaje a la memoria del poeta Amado Nervo en el primer aniversario de su muerte. Allí escribieron y cito por orden de aparición de sus versos, todos ellos firmados de su puño y letra: María Luisa Ross, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes, José María Quiroga Plá, Héctor Esquivel Medina, Raúl Carrancá y Trujillo, Federico Carlos Sáinz de Robles, Joaquín Fernández Suñol, Manuel Galán, Guillermo y Franciaco Rello, y Caravia Hevia. Unos “muchachos de Madrid” y otros no, pero todos azorados ante el mismo milagro.

Carrancá y Trujillo intituló sus versos *Psalmos*. De ellos recojo estremecido el III:

*Y por aquella flor de oro en quien pusiste
tu ansia de niño y tus ensueños de poeta,
que con el bien de su alma te hizo callado y triste,
dulcemente sereno y sabiamente asceta;*

*por lo que te dio el llanto y abatió tu alma entera,
y por lo que el dolor y el temor del pecado,
y porque hiciste tu último verso en la Primavera,
¡Dios te guarde en paz, Amado!*



RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Doctor en Derecho *Magna cum Laude* por la UNAM. Distinguido penalista, profesor titular de tiempo completo en la Facultad de Derecho donde ha sido director y fundador del Posgrado así como director del Seminario de Derecho Penal. Fue magistrado del Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal. Es miembro de número de la Academia Mexicana de Ciencias Penales y de la Asociación Internacional de Derecho Penal. Medalla al Mérito Académico (1995). Editorialista y colaborador de numerosos periódicos y revistas como *El Sol de México*, *El Día* y *Excelsior*. Autor de una vasta obra jurídica, entre cuyos títulos sobresalen *El drama penal*, *El arte del Derecho*, *El Derecho y la palabra*, *Don Juan a la luz del derecho penal*, así como en coautoría con Raúl Carrancá y Trujillo: *Derecho Penal Mexicano y Código Penal Anotado*.